

946.03  
L217c

SR 12 enero 79

v.4

E111  
L3  
v.4



FSRM

8486

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## PARTE CUARTA.

### LA PALMA DEL MARTIRIO.

#### Capítulo I.

Comentarios.

La escena que voy á referir pasa en una hostería del muelle de Cádiz, en uno de los primeros días del mes de Agosto del año 1500.

Algunos marineros, pajes, escuderos y soldados, apuran en amor y compañía sendos vasos de manzanilla, y como el vino hace hablar á los hombres, y como los lacayos saben mejor que nadie lo que pasa en las ciudades donde sus amos hacen gran papel, nada mejor que el escucharlos para saber lo que preocupaba en aquel tiempo á los habitantes de Cádiz, y á los de otras muchas ciudades de España, sobre todo en Granada, en donde á la sazón se hallaba la córte.

—Por mi fé,—decía uno,—que sin son ciertas las

noticias que nos da Pero Manco, no hay justicia en el mundo.

—¿Tú qué sabes, Pacheco?

—¡Vaya unos escrúpulos con que se nos viene ahora!

—Los grandes pecadores ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo.

—¿Pues qué,—añadió el que había hablado primero,—no arde la sangre en vuestras venas al pensar que un anciano, y no un hombre así como se quiere, sino el que ha descubierto el Nuevo Mundo, el que ha llenado de oro á los reyes de España, el que ha extendido su gloria por toda Europa, vea por premio al cabo de sus años el estrecho camarote de un buque por calabozo, y sienta en sus muñecas, en sus piés, el irritante peso de las esposas y los grillos?

—Era un perro extranjero.

—Mas de una vez he oído decir á mi padre, que le conoció en Córdoba, que si entonces le hubiérais visto, comprenderíais que sólo por medio de malas artes podía haber llegado adonde llegó.

—¿Qué malas artes,—dijo el escudero que defendía á Colon, á quien llamaremos Fortun Caramés,—qué malas artes ha podido emplear?

—Mi padre, que Dios haya, se hallaba en Córdoba en la posada de maese Repulgo, cuando llegó ese hombre en una mala mula, y se hospedó como un arriero en uno de los cuartos del meson. Todo su equipaje consistía en una limosnera vacía; pero como era extranjero, no tardó en cautivar á una dama de la

córte, y ella fué quien le presentó á los reyes y quien logró alcanzar para él su proteccion.

—Mientes como un bellaco, porque yo sé que trabajaba dia y noche pintando mapas y haciendo otros objetos, que vendia para atender á sus necesidades. Y sabes además que no consiguió tan pronto como dices la proteccion de los monarcas, porque yo era muy niño y me hallaba en el cerco de Granada, cuando desesperado ya de conseguir el favor de los reyes, se decidió á partir: entonces fué cuando le llamaron.

—En mal hora; la mayor parte de los que han ido con él á las indias se han quedado por allá, y los que han vuelto cuentan horrores de lo que allí han pasado.

—¿Y los buques que llegan cargados de oro?

—¡Bah! El oro no es para nosotros.

—Pues algo valdrá cuando al volver por la primera vez con los indios que trajo, salieron todos á su encuentro, le vitorearon, y hasta los mismos reyes le colmaron de dádivas y honores.

—Porque les engañó.

—Yo he hablado con el cocinero del obispo Fonseca, y me ha contado cosas de Colon que espeluznan.

—¿Qué te ha contado?

—Que en cuanto sale al mar se vuelve una fiera: trata á los marineros y á los soldados como si fueran perros, y no se anda en chiquitas con los nobles. Parece ser que allá en las Indias les ha obligado á trabajar como á los plebeyos, y al que no le ha obedecido le ha castigado, y no con dulzura.

- Pues eso hace su elogio.  
 —Es un tirano.  
 —No es un tirano el que iguala á los nobles con los plebeyos.  
 —Tú hablas así, porque eres un cualquiera.  
 —¿Y qué sois vosotros?  
 —Nosotros somos pajes ó escuderos.  
 —O lo que es lo mismo, esclavos.  
 —Nos ennoblecen nuestros señores.  
 —El que se humilla no puede ser ennoblecido, y vosotros, para ganar el pan, tenéis que besar en donde pisan vuestros amos.  
 —No es esa la cuestión,—dijo Fortun Caramés;— aquí lo que se trata de saber es si es justo que un hombre que ha prestado tantos servicios á la patria, sea extranjero ó no, merece el pago que le han dado.  
 —En primer lugar, aún no sabemos si son ciertas las noticias que nos ha dado Manco.  
 —Poco tardaremos en saberlo.  
 —Pero Manco ha llegado esta mañana, y según nos ha dicho, los buques en que vienen los presos llegarán esta tarde.  
 —Por mi parte, declaro que si fuera preciso, delante de los mismos reyes condenaría esa crueldad.  
 —¡Calla, tonto! ¿Hay por ventura nada más curioso que ver llegar encadenado al que aún no hace ocho años vimos entrar en triunfo en las ciudades, y ser el ídolo de todos los españoles?  
 —Los que se gozan, como tú, en la desgracia del prójimo, se divertirán mucho con ese espectáculo.

- El que la hace que la pague.  
 —Yo no puedo creer,—dijo Fortun,—que los reyes hayan mandado encadenar al almirante.  
 —¿Y por qué no?  
 —Porque son buenos, porque les ha prestado grandes servicios, y sobre todo porque la reina es una santa, y aun cuando fuera muy culpable Colon, gozaría perdonándole.  
 —La reina es como todos los que mandan.  
 —¡Silencio, malandrin! Si te atreves á hablar mal de nuestra soberana, como hay Dios que te corto la lengua.  
 —¿Tú á mí?... Mucho dijeron de eso.  
 —¿Quieres verlo?  
 —Me gustaría.  
 —Pues vamos á la calle, y verás como cumplo mi promesa.  
 —Vamos.  
 —Paz, caballeros,—dijeron algunos.  
 —¿Paz? Despues que le haya atravesado de parte á parte.  
 —¡A la playa, á la playa!  
 Todos los circunstantes salieron arremolinados de la hostería, unos para presenciar y otros para contener aquel duelo improvisado.  
 No habian dado tres pasos, cuando oyeron estas voces:  
 —Las carabelas de las Indias,—decían unos.  
 —Ahí vienen los Colones encadenados,—exclamaban otros.

Como por encanto se apaciguaron los contendientes, y la curiosidad general sucedió á aquel episodio tabernario.

Todos se encaminaron á la orilla del mar; la noticia circuló con rapidez por la ciudad, y no sólo los marineros y los soldados, los menestrales y los frailes, acudieron á presenciar aquel espectáculo, nuevo y doloroso á la vez, sino que muchas damas é ilustres caballeros corrieron á confundirse con los villanos, poseidos todos de una curiosidad que en el fondo revelaba algo de terror.

En efecto: dos carabelas avanzaban hácia el puerto.

Su marcha era solemne y majestuosa.

Parecian aquellos buques comprender que llevaban en su seno un gran infortunio; pero lo llevaban con la dignidad, con la energía, con la entereza, con la grandiosidad que en todo tiempo, y más en aquel en que la fortuna le habia abandonado, constituia el carácter de Colon.

Al ver tanta afluencia, el capitan que mandaba las embarcaciones dispuso aplazar el desembarco para el dia siguiente, y únicamente mandó á tierra un bote, en el que iban un oficial, cuatro marineros y un paje.

El oficial llevaba comunicaciones importantes.

Apenas desembarcaron en tierra, la muchedumbre les rodeó.

Abriéndose camino el oficial y el paje, acosó la muchedumbre á los marineros, y sólo pudo obtener

la noticia de que en efecto llegaba Colon y sus dos hermanos encadenados, y que no desembarcarian hasta el dia siguiente.

Viendo defraudadas sus esperanzas los curiosos, fueron poco á poco retirándose á comentar el suceso.

El paje, separándose del oficial, llegó al meson, y al hallarse en presencia del mesonero:

—¿Sabeis dónde se halla la córte en este instante?—le dijo.

—¡No he de saberlo!

—¿Dónde está?

—En Granada.

—¿Podeis proporcionarme inmediatamente una mula y un guia?

—Os va á costar muy caro.

—Eso no importa.

—En ese caso, dad por realizado vuestro deseo.

—¿Cuándo podré partir?

—De aqui á dos horas.

—Es tarde.

—Dejadme al ménos una para buscar la mula y el guia.

—Os daré diez escudos si no tardais más de media.

El posadero salió á complacer al paje, y media hora despues montaba en una mula, y por la puerta de tierra se dirigia á Granada.

A juzgar por la expresion de su rostro, eran vehementes los deseos que tenia de llegar.

De cuando en cuando llevaba la mano á su pecho

para ver si tenia un objeto que parecia apreciar en mucho.

Durante el camino le hizo el guía varias preguntas.

A todas contestaba con el mayor laconismo.

—Conduceme por atajos, es decir, que yo llegue pronto á Granada, y no te arrepentirás de haber apresurado el viaje.

La distancia era mucha, y tardó en llegar dos dias y medio.

¿Quién era aquel paje

¿Qué objeto le llevaba á la residencia de los reyes con tal presteza?

Ya lo sabremos.

Veamos ahora qué habia pasado á Colon desde el momento en que fué ignominiosamente aprisionado con sus hermanos por Roldan hasta su llegada á la bahía de Cádiz, en donde habia ya circulado la noticia de su desgracia, y comenzaba á despertar, como sucede siempre, ese sentimiento de compasion que inspira el genio cuando cae de su pedestal, compasion que es el primer síntoma de la opinion pública.

## Capitulo II.

### Grandeza de ánimo.

Bobadilla se habia apoyado para obrar de aquella manera tan indigna en una de las cláusulas de las instrucciones que le habian dado el 21 de Mayo de 1499, que decia, refiriéndose á las personas que habian tomado parte en la rebelion capitaneada por Roldan:

«Se le autoriza á apoderarse de las personas y secuestrar los bienes de los que aparezcan culpables.»

No tenia, pues, derecho á tratar á Colon ni á sus hermanos de aquella manera.

Pero tergiversando el sentido de esta cláusula, satisfizo la sed de venganza que devoraba á sus protectores.

Condenado por él Colon, lógico era que en vez de aparecer á sus ojos como delinquentes aquellos á quien